

# GENÉTICA Y VIOLENCIA

FERNANDO PARIZEK

**Los tabúes occidentales sobre el sexo empezaron a** entenderse con Freud y de ser reprimido por siglos pasó a su liberal situación actual. Curiosamente la violencia, que es ejercida con liberalidad lamentable durante toda la evolución humana, no ha logrado ser entendida en el contexto de la naturaleza y se ha exacerbado en las terribles matanzas del siglo pasado que se propagan al actual.

El “che” Guevara en su “Mensaje a los pueblos del mundo” a través de la Tricontinental y para liberar a la clase pobre recomendaba “el odio intransigente al enemigo ya que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y eficaz máquina de matar”. Este mismo odio es el que trasuntaba la voz de un Teniente del Ejército cuando relataba cómo guerrilleros disparando agazapados desde los cañaverales habían herido o matado a los pobres conscriptos de veinte años de su pelotón, en Famaillá, Tucumán, Argentina.

Desde hace miles de años no hay criterios de justicia, verdad o perdón que haya dado resultado para abordar esta problemática, cualquiera sea la doctrina que se emplee y la violencia nos avasalla. Siglo tras siglo imaginamos y todos predicamos un mundo mejor sin odios ni violencias, pero la realidad nos muestra que este anhelo jamás se cumple y por el contrario la violencia crece en todos los órdenes, cualquiera sea la ética, la religión, la cultura y la política de los contrincantes. **Debemos replantearnos el uso de la violencia, ya que hay grupos que la ejercen permanentemente y sin remordimientos en nuestra contra.** Intentaremos hacer intervenir en el análisis tanto el amor como el odio ya que, aunque no lo queramos, son las permanentes condiciones al contorno para la supervivencia a través de los siglos.

Genéticamente estamos determinados para que, ante cualquier agresión, algunos peleemos y otros nos sometamos o a lo sumo huyamos. Cuando se habilita el circuito neurológico del odio y la venganza todos los otros (raciocinio, amor o perdón) quedan interrumpidos. Las emociones agresivas son tan profundas que perduran en la memoria y nos cuesta aceptar que si somos empobrecidos o sometidos no es por injusticia divina o humana sino por nuestra propia pereza, debilidad o incapacidad. Y no hay culpa de nadie en ello ya que los seres humanos pueden imaginarse iguales ante la ley pero biológicamente son azarosamente distintos, desde sus cualidades inmunológicas hasta sus capacidades para luchar, amar y aprender. Estamos biológicamente capacitados para aceptar la superioridad de otros en la lucha por la supervivencia y también para intentar anularla, sea por la astucia o por la violencia

Nuestro tema no tiene que ver en particular con la guerra de Malvinas, pero llama la atención que un catedrático de psicología de la Universidad de Stanford y del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) la mencione de esta manera:

*El Teniente de Fragata Fernando Parizek egresó como guardiamarina del cuerpo de Comando Técnico el 8 de diciembre de 1954. Realizó estudios en la Escuela de Ingeniería Aeronáutica de la Fuerza Aérea Argentina graduándose con el título de Ingeniero Mecánico Aeronáutico otorgado por la División de Altos Estudios del Ministerio de Educación de la Nación. Pasó a retiro a su solicitud en diciembre de 1963, desempeñándose posteriormente en la actividad privada. Siendo miembro de la Sociedad Argentina de Escritores publicó el libro Respuestas a sus preguntas de velorio en 1995.*



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 815

Septiembre/diciembre de 2006

Recibido: 12.11.2002

“En 1982 la Argentina se anexionó la colonia británica de las islas Falkland, prácticamente deshabitadas y sin importancia económica ni estratégica. En décadas anteriores habría tenido sentido que los británicos la defendieran como una forma de disuasión inmediata para cualquier otra nación que ambicionara el resto de su imperio, pero en aquella fecha ya no había imperio que defender. El economista R. Frank señaló que, teniendo en cuenta el coste que supuso la reconquista de las islas, Gran Bretaña habría podido dar a cada habitante de las Falklands un castillo en Escocia y una pensión vitalicia. Con todo, la mayoría de los británicos se sentían orgullosos de haber resistido el ataque de los argentinos, ya que **en muchas ocasiones en que no podemos confiar en nadie la única protección que tiene el atacado es que el atacante sepa que desata una irresistible, irracional y poderosa sed de venganza, que es una emoción aterradora que nada contiene**” (1).

(1)

Steven Pinker se formó en Harvard, donde se desempeñó como profesor, pasando luego a Stanford antes de ser director del Centro para la Neurociencia Cognitiva del MIT donde publicó *Cómo Funciona la Mente* editado en castellano por Destino, colección *Áncora y Delfín*. De este libro copiamos numerosos párrafos que distinguiremos entre comillas.

Estas emociones bélicas ya sí son nuestro tema y nos preguntamos por qué uno de los pueblos más civilizados y flemáticos del mundo, como el inglés, reacciona en la forma más completa e imprevisiblemente irracional, injusta y vengativa, siendo apoyado en su actitud no sólo por los EE.UU., que toma activamente partido por ellos tal vez debido a los lazos de sangre, cultura e idioma que les son comunes, si no por muchos de los civilizados países europeos que en lugar de frenar esta locura bélica la apoyaron decididamente.

La guerra o agresiones más simples, como las de los delincuentes o las de los políticos equivocados o corruptos, obedecen a fuerzas que para el agresor son justas ya que se originan en emociones profundas relacionadas con su supervivencia, en tanto que el agredido jamás podrá aceptarlas al ir en contra de la propia. El problema es que uno y otro pueden invertir sus respectivos papeles sin darse cuenta de cómo son manejados por esas confusas fuerzas. Es desconsoladoramente frecuente que cuando un criminal es condenado por la mejor de las justicias humanas posibles alegue la injusticia del fallo. Pinker continua:

**“[...] es insensato confundir cómo funciona nuestra mente con cómo sería agradable para el occidente cristiano que la mente funcione. Históricamente el mejor modo de beneficiar al propio grupo ha sido desplazar, subyugar o aniquilar al grupo que vive al lado.** Las hormigas de una colonia se hallan estrechamente emparentadas y cada una es un ejemplo de abnegación. Ésta es la razón por la que las hormigas, como los hombres, son de los pocos tipos de animales que hacen la guerra y capturan esclavos, o aun actualmente se aprovechan de los vencidos. Los seres humanos tienen empeño en mostrar que las emociones están esposadas a los circuitos de control fisiológico de manera que los contrincantes entiendan que sus amenazas no son mentiras sino que se está irremediamente dispuesto a emplear las armas con las que se amenaza. Esto es fácil de explicar por vía de la selección natural, dado que las principales emociones humanas parecen haberse desarrollado a partir de precursores evolutivos como la ira, que primero se muestra como amenaza hasta que se desencadena la lucha, o el temor, que precede a la huida”.

Lo mismo que durante la “pax romana” las grandes potencias del siglo XX están empeñadas en convencer a los países más débiles que ellas son las garantes de la paz y que nada puede salir de su control. Esta irrealidad se contrapone con las 150 guerras que se desarrollaron en el mundo en los últimos cincuenta años “de paz” con sus cincuenta millones de muertos. La historia enseña que a la guerra no la prevé ni la maneja nadie, menos aún las Naciones Unidas. Lo increíble es que la “intelligentzia”, el periodismo y todos los partidos políticos en su aspecto demagógico hayan convencido a la mayoría de ciudadanos argentinos que la guerra es imposible y sus fuerzas armadas un costoso adorno. Que el terrorismo, que crece desde hace más de medio siglo en todo el mundo, es un problema que la justicia puede solucionar. Que la guerra contra el terrorismo declarada por los EE.UU. en el 2001 es una venganza que se permite la primera potencia del mundo, aunque contradictoriamente haya condenado este tipo de acciones en décadas anteriores, tal vez suponiendo que nunca les tocaría sufrirlas en carne propia.

“Muchos intelectuales creen que la guerra entre pueblos primitivos era rara y poco cruenta porque estaba ritualizada. Se trata de una creencia absurda, más aún en la actualidad, ya que la guerra ha sido siempre un infierno. Como la guerra es un acontecimiento recurrente en la historia evolutiva de la humanidad tiene que haber modelado parte de la psique humana. **Los hombres iban y siguen yendo a la guerra para conservar o aumentar sus ventajas de supervivencia**” (1).

Las sucesivas civilizaciones con sus variadas culturas jamás evitaron las guerras por más educados que sean los pueblos intervinientes. Hoy esto es más evidente que nunca. Ya es tiempo que abandonemos la ciega suposición de que somos más civilizados porque usamos ametralladoras en lugar de las piedras que usan los monos, o de que la racionalidad nos pone a salvo de los bruscos vaivenes emocionales que sufre la humanidad. No olvidemos jamás que las guerras que se sucedieron en el siglo pasado y en el presente no se desarrollan sólo entre tribus desnudas del África negra sino en plena Europa o en el civilizado cercano Oriente o en la propia Nueva York. Lo extraño es que mientras mencionamos hasta el hartazgo los avances tecnológicos nos olvidamos de los conocimientos genéticos que hace tiempo están a nuestra disposición y que podrían aclarar nuestra visión de la realidad.

Hace más de ciento cincuenta años que Darwin escribió *El origen de las especies* y son tan fuertes las implicaciones religiosas y culturales, que erradamente se le atribuyen, que en los EE.UU. las escuelas que enseñaban biología evolucionista debían poner a disposición de sus alumnos cursos correspondientes según la teoría creacionista. No aceptar que la imprevisible evolución está relacionada con la lucha por la supervivencia permite errores ideológicos tan dolorosos y dañinos como fue el comunismo y toda la filosofía que le dio origen. Se podrá argumentar que Marx no tenía la obligación de conocer los escritos de Darwin, casi contemporáneo, pero es inconcebible que Lenin o Stalin llevaran adelante una ideología opuesta a la genética que obliga a los hombres a disponer de sus bienes en beneficio primordial de sus hijos y no del anónimo Estado. Tampoco Hitler pudo haber conocido a Creek o Monod, que recién en la década del 1950 comenzaban a develar los misterios de los genes, y cuyas investigaciones podrían haber dejado en evidencia sus erradas y pretenciosas locuras raciales. Pero la tremenda hecatombe que desató nos hace reflexionar en que ningún país, educado o no, está a salvo de que un loco o ideólogos trasnochados se trepan al poder y lo lleven a la guerra total si la logran disfrazar de lucha por su supervivencia. Y si el nazismo y el comunismo pueden parecer viejas historias irrepetibles, basta mencionar la muy actual de Milosevic y la reciente tragedia de bosnios y serbios. Es más, si se lee este artículo dentro de dos o diez años bastará hojear el diario de entonces para sustituir con las locas guerras del día estas locas guerras del pasado. La destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York no es una batalla distinta, lo único interesante es que volvieron a usarse simples armas blancas para iniciar esta guerra declarada por la primera potencia del mundo, que pensaba defenderse de todos con la supertecnología, un escudo galáctico.

Toda nuestra civilización se ha basado en la suposición de que la cultura política, religiosa y filosófica nos permitiría evitar la violencia cuando, evidentemente, no lograron ni tan siquiera disminuirla, según lo que vemos en el siglo XX comparándolo con todos los anteriores. Jamás las masacres fueron tan eficientes, anónimas y despiadadas como hasta ahora. Por eso la opinión de Pinker es interesante:

**“Las ciencias están llenas de afirmaciones según las cuales nuevos tipos de selección y adaptación han ampliado la especie biológica hombre a través de la cultura. Pero estas afirmaciones son a mi entender engañosas...** Recordemos que la selección natural, mostrada por Darwin, puede provocar la creencia en la existencia de un plan de un ser superior que lleva la vida del hombre hacia su felicidad posible en otro mundo. La selección, en la cruda realidad, favorece a los descendientes de los organismos que mejor se adaptaron en el pasado al medio ambiente de aquella época. Los genes que construyeron aquellos cuerpos y mentes fueron transmitidos para hacernos tal como somos ahora, desde el color de la piel a la capacidad de aprendizaje”.

La realidad nos muestra que no cambiamos ni con el tiempo ni con la cultura ya que podemos hacer sufrir a nuestros semejantes en los campos de concentración que aplicaron los ingleses durante la guerra de los boers a principios del siglo pasado, llevarlos al paroxismo de la locura en la Alemania nazi o en la Rusia comunista y al final del siglo verlos usados contra los palestinos como campos de refugiados, durante interminables guerras de décadas. Sin embargo los argentinos nos seguimos creyendo tan superiores a los países más avanzados del planeta que suponemos que seremos respetados en nuestros intereses internacionales sin Fuerzas Armadas y en los intereses individuales suponemos que por simple derecho cívico, ignorando la repetida historia en la que el Estado viola la Constitución hasta en el derecho de propiedad. Suponemos que los criminales no existirían si se aumentara el presupuesto de educación y el de subvenciones a los pobres, ignorando que a pesar de sus inmensos presupuestos en estas áreas los EE.UU. tienen los mismos índices de criminalidad que Brasil, que son de los más altos del mundo. Suponemos que las cárceles son el lugar de reeducación de los delincuentes, ignorando las estadísticas que establecen que la mayoría entra y sale sin cesar, o que una persona asesinada por niños está menos muerta que si lo fuera por adultos. Suponemos que los políticos tendrán conductas éticas debido a sus juramentos de honorabilidad, ignorando que las empresas y países desarrollados aplican las auditorías y el control de gestión como excelente sustituto del palabrerío inútil sobre la ética. Suponemos que el periodismo está en lo correcto al exigir a la policía ser permisiva, ignorando que los criminales matan unos cien policías por año y muchos más ciudadanos inocentes. Suponemos que conviene una justicia bondadosa ignorando que la criminalidad reincidente es la norma, no la excepción, y que esa justicia es duramente criticada si da fallos estrictos que no convienen a las distintas corporaciones del poder o a personajes influyentes, que, pese a su buena educación y riqueza, son delincuentes. En suma, actuamos como si el ser humano argentino fuera excelso y genéticamente diferente a todos los hombres de la Tierra, ignorando la realidad de encontrarnos clasificados entre los países más corruptos del mundo. Podremos cambiar cuando aceptemos que no hay maldad, sólo un sistema genético, y que el ser humano, si lo dejan, siempre empleará el poder que consiga primero en el aumento de su propia supervivencia. Por supuesto que hay santos y héroes, pero no podemos exigir que los dos millones de funcionarios del Estado lo sean todos los años. Lo que sí podemos es no votar partidos cuyos repetidos programas son fantasías preelectorales, cuando lo que se necesita es el simple voto directo por circunscripciones, como en Inglaterra. Pinker agrega:

”Los sentimientos que nos impulsan hacia el otro sexo y a partir del amor a los hijos a formar una familia, están diseñados por los propios genes normales que se repiten idénticos a sí mismos generación tras generación, hasta que el hábitat o la propia readaptación van impulsando lentamente el cambio. Nuestras emociones respecto de nuestros familiares están dictadas por las probabilidades de que los seres próximos con los que interactuamos positivamente compartan nuestros propios genes, tratando en consecuencia de facilitarles la supervivencia. Cuanto más lejano es el parentesco menos probabilidades de tener genes en común y en consecuencia es mayor la posibilidad de conflicto en función de intereses por la supervivencia contrapuestos” (1).

Intentar cambiar estas leyes biológicas es tan imposible como cambiar las de la gravedad. No bien queremos hacer intervenir a la cultura y sus componentes como manifestación del alma o el espíritu entramos en el mundo de las ideas u opiniones, imposibles de comprobar, y que nos precipitan en conflictos mucho peores que los ineludibles para la supervivencia. Basta recordar como ejemplos las Guerras Religiosas desatadas entre cristianos después de la Reforma de Lutero, o recientemente la separación y guerras de India con Pakistán. En la primera se pelea a pesar de la igualdad de raza, religión y cultura, y en la segunda de la pobreza y el hambre, Pinker lo explica así:

**“[...] contrariamente a la extendida opinión de que las culturas pueden variar de manera arbitraria y sin límites a los seres humanos, un examen exhaustivo de la literatura etnográfica, de la neurología y de la biología demuestra que los pueblos del mundo comparten una psicología universal a un nivel de detalle sorprendente”.**

Y por más civilizados que sean los ingleses o los europeos terminan hundiendo el crucero *Gral. Belgrano* en la guerra de Malvinas, al más viejo estilo de las venganzas de los chimpancés. Para comprender el aprendizaje y la reacción emocional humanos es necesario emplear las nuevas corrientes de pensamiento que abrió la genética. Hoy sabemos que los genes son responsables no sólo de esa masa amorfa que es el cerebro sino que ya están listos en ellos los programas para hacer funcionar todo nuestro organismo, desde el estómago a los sistemas racionales y emocionales como el amor que impulsan al padre hacia la futura madre y a ésta a querer y amamantar a su hijo, el que, al reconocerla y sonreírle, encuentra la manera de asegurar su fuente de supervivencia. Volviendo a Pinker:

“[...] La mente humana es un producto de la evolución, por tanto nuestros órganos mentales o bien se hallan en la mente de los simios o bien evolucionaron arreglando, reparando o rehaciendo la mente de los simios. Trecientas mil generaciones y unos diez megabytes de información genética potencial del cerebro de los hombres bastan para separarnos notablemente de los monos, pero no podemos negar que fuimos muy parecidos. En realidad las mentes son más fáciles de renovar genéticamente que los cuerpos, por el simple hecho que el software es mucho más fácil de actualizar que el hardware”.

Lo que nos cuesta reconocer desde el punto de vista de los sistemas neurológico y hormonal es que no hay la enorme diferencia que imaginamos entre la piedra que utiliza un mono para atacar y un misil teledirigido, ambos cumplen con un mismo programa que establece para hombres y monos: para sobrevivir, atacar. Pasar de la piedra a los misiles fue un camino relativamente fácil cuyo software apenas necesitó unos 100.000 años, comparados con los necesarios para perder la cola y caminar erectos, en los que gastamos unos 6.000.000 de años, por tratarse de un hardware. Los genes que hicieron al hombre guerrero son también los que le dieron su enorme capacidad de supervivencia, tal vez hoy preferiríamos pertenecer a esa especie de monos que “hacen el amor y no la guerra”, y que sin duda la pasan muy bien, pero la evolución jamás vuelve hacia atrás.

“[...] Aunque el proceso de selección natural no tiene ninguna meta en sí mismo hizo evolucionar entidades como los cinco sentidos o el habla o las capacidades aritméticas que están organizadas para conseguir ciertas metas y submetas. **¿La mente humana fue diseñada en última instancia para crear la belleza, descubrir la verdad, amar y trabajar, crear armonía en los demás seres humanos y en la naturaleza? No.** La lógica de la selección natural establece que los genes son egoístas y que la meta final para cuyo logro fue diseñada la mente no es otra que maximizar el número de descendientes, copias, de los genes que la crearon.” (2)

(2)

El gen egoísta, Richard Dawkins.

Para nuestra cultura actual esta conclusión repugna tanto debido a que pone en los simples genes aquellos “universales” que las filosofías de nuestra civilización con tanto orgullo habían puesto en el espíritu humano. Pinker demuestra que la belleza, el amor en todas sus variaciones, la verdad y la justicia no son más que manifestaciones de las adaptaciones humanas y animales, sin diferenciación apreciable, a la lucha por la supervivencia. Como sería demasiado extenso (3) transcribirlo convincentemente lo resumimos diciendo que la violencia es una más de las tendencias animales del hombre, pero tan necesaria, ineludible e inocente como el sexo, el amor o la comunicación. Y tan imposible de educar como lo demuestra la interminable historia de guerras cada vez más sangrientas que muestra sin pudor la humanidad milenio tras milenio.

(3)

Respuestas a sus preguntas de Velorio, F. Parizek.

La mayoritaria ingenuidad argentina de suponer que podemos ejercer el poder y defendernos de los pícaros sin intervenir en la lucha por la supervivencia ya está costando demasiado caro a los que se arriman a la desocupación y al hambre. Se puede no creer que la violencia es un atributo genético de nuestra especie, pero es ceguera negarse a ver que todas las potencias civilizadas del mundo la están ejerciendo continuamente, desde la guerra declarada por los EE.UU. a Ben Laden en particular y al terrorismo en general, hasta las interminables guerras comerciales internacionales “globalizadas”, en las que los argentinos deberíamos tener gran

experiencia ya que nos independizamos defendiéndonos de España que, en aquella época, nos aplicaba la globalización llamándola “monopolio”.

Al leer *El origen de las especies* se puede creer que un simple chacarero llamado Darwin cuenta sus aburridos experimentos con inocentes animalitos del campo. A medida que pasan las hojas se va formando la convicción de que la aún llamada “teoría” de Darwin muestra una sólida visión de la realidad, que para nada excluye a ninguna creencia filosófica o religiosa. Pero es mortífera para todas las políticas ya que, cualquiera sea el grupo que toma el poder, cree haber ganado la “lucha por la supervivencia” ya que supone que la selección natural concluyó en su beneficio y que nada tiene que ver con los lejanos monos. Para demostrarlo emplean todo ese poder en tratar de impedir que las cosas cambien, sean comunistas, conservadores, liberales o monárquicos. Pero siempre cambian ya que para la supervivencia el juicio definitivo lo hacen las generaciones futuras. Por ejemplo, el pequeño mosquito o la cucaracha son más grandes, inteligentes y fuertes que cualquier enorme dinosaurio y por una sola razón: perduraron. Muchas personas todavía creen honestamente que es posible llevar a la realidad los loables y ya viejos ideales pacifistas. No se dan cuenta que los genes, sin entender de ideales, nos condenan al amor y a través de él, afortunadamente, engendramos nuestra descendencia. Confiamos que ellos perdurarán, y que ya entonces la ineludible violencia sea entendida junto con el amor como las herramientas de la selección natural para la supervivencia, con el mínimo de utilización posible, como sucede en el resto de la naturaleza.

Nadie tiene inconvenientes en admitir los genes como esa curiosidad biológica que permite, por ejemplo, clonar ovejas. Sin embargo nos resistimos a aceptar que fueron los genes los que replicaron individuos capaces de transformar un palo en una lanza y con ellas liquidar a los menos capaces hasta hoy en que, sin emplear la fuerza, convencerlos que la supervivencia se consigue pagando impuestos para pertenecer a una sociedad que los beneficia. El programa original era muy simple, los que aprendían las relaciones de causa-efecto y las memorizaban sobrevivían, los otros no. Todos estos viejos conocimientos los contraponemos con la civilizada justicia y la deseable verdad, que siempre son duales porque aun los criminales tienen arraigados conceptos sobre su propia e inocente supervivencia. Por el contrario, las leyes de la biología son unívocas, lo justo y verdadero es lo que da supervivencia, y de este concepto dependen nuestros hijos, única razón de ser de los genes. En la realidad no deberíamos eliminar criminales por la fantasía de que es justo, sino porque ellos demostraron querer eliminarnos a nosotros y tuvimos más fuerza y suerte que ellos. A pesar de las decenas de miles de años transcurridos desde episodios entre cazadores-recolectores y de todos los tratados y las jurisprudencias existentes, esta dicotomía no la podemos resolver debido a que mezclamos las necesidades de la supervivencia, firmemente arraigada en nuestros genes y que incluye en lo posible eludir la violencia, con las ideologías de justicia que todos los grupos antagónicos pretenden poseer e imponer a costa de los otros. Como los genes no aprenden, sólo se reproducen, las guerras y el aprovechamiento se perpetúan en el comportamiento humano, por más que los tratados y las prédicas sobre la justicia y la ética llenen bibliotecas enteras. De nuevo Pinker:

“El enfoque genético que jalona la psicología evolutiva se ha visto coronado por sorprendentes éxitos al explicar temas tan básicos como por qué existe la actividad sexual, por qué tanto animales como hombres interactúan socialmente y cómo se origina en los genes la comunicación, sea verbal o de otro tipo. **Los genes también explican temas tan complejos como la forma en que el altruismo o egoísmo genético determinan sus comportamientos**” (1).

Antes creíamos erradamente que esas condiciones eran propias sólo de los seres humanos y que se alojaban en lugares como el alma o la mente. Como la biología probó que tanto el egoísmo como el altruismo son genéticos y comunes tanto al hombre como a los animales, es necesario incluirlos en la investigación de las situaciones de conflicto. El enigma de la violencia consiste en averiguar por qué esta selección natural que dio un increíble poder cognitivo a los hombres mantuvo genes que los empujan a que voluntariamente se presten a una actividad como la guerra o el delito, en la que tienen enormes posibilidades de resultar muertos, en contra de toda una estructura genética preparada para conservar la vida. Es eviden-

te que la violencia es un juego que beneficia al género hombres dándoles mayores opciones de conseguir supervivencia obteniendo mujeres, como en la Roma fundacional, o tierras, nuevos mercados globalizados o petróleo, como en las grandes potencias actuales. También es evidente que a las mujeres la guerra las perjudica ya que cualquier riesgo para su vida es una pérdida absoluta de su descendencia. Es por ello que nunca desarrollaron un gen combativo ya que para ser madres y reproducir sus genes no necesitan matar, les basta con compartir el hombre de otras mujeres. Como la guerra es un acontecimiento recurrente en la historia evolutiva de la humanidad tiene que haber modelado parte de su comportamiento.

Si la mujer combatiente, la fertilización in vitro o las jefas de familia alcanzan relevancia estadística mundial, tal vez estemos presenciando alguna de esas infrecuentes mutaciones genéticas de consecuencias imprevisibles, pero que siempre persiguen el mismo objetivo, el triunfo de los genes propios en la lucha por la supervivencia. Ya que las guerras no tienen influencia significativa en el crecimiento demográfico, la posición que adopten las nuevas generaciones respecto del sexo, al influir directamente en tal crecimiento poblacional, determina el equilibrio entre pobres y ricos como el del imperio romano, que no fue estrictamente vencido sino absorbido por los pobres bárbaros.

Volvamos a Pinker, pero esta vez para contradecirlo ya que en este enfoque uno lo imagina sentado en su idílica universidad antes del 11 de septiembre del 2001, en la sociedad más rica del mundo, inventando un esperanzado optimismo que no podemos compartir ya que dice:

“[...] la esclavitud, los déspotas y sus harenes, la conquista colonial, las luchas sangrientas, las mujeres consideradas como propiedad, el racismo institucionalizado y el antisemitismo, el trabajo infantil, el apartheid, el fascismo, el stalinismo, el leninismo y la guerra han desaparecido ya de grandes regiones del mundo” (1).

Si esto fuera cierto todos también podríamos tener esperanzas de que el gen de la violencia fuera mutando lentamente ya que los que sobreviven son los pacíficos. Por suerte en la guerra y para desdicha en la paz esto no es así. En el mundo hay 4.500 millones de seres humanos pobres o hambrientos y muchos de ellos viven en la esclavitud dictada por déspotas que conservan sus harenes visibles u ocultos, donde la conquista colonial no necesita demasiadas armas ya que la compulsión económica le basta, las luchas sangrientas se repiten en todo el mundo, ayer, hoy y siempre; basta leer los diarios para darse cuenta que el idílico mundo que supone Pinker no existe. Tal vez ahora que las Torres Gemelas de Nueva York desaparecieron hundidas por el terrorismo, Pinker se incline a salir de su último bastión e ingresar en el mundo de la realidad. Si la tendencia fuera pacifista, como la quiere suponer Pinker, su propio país, como la mayoría de los países del mundo, incluidos nuestros vecinos, no estarían dedicando presupuestos cada vez mayores al perfeccionamiento y compra de armas, como lo detalla año tras año el *BCN*, por ejemplo, en sus Nos. 803 y 804.

Los argentinos no podemos aceptar la violencia ni en la guerra, por eso nos cuesta identificarla en la competencia comercial, industrial o política, donde algunos ganan a costa de otros que pierden o se funden, despidiendo empleados que terminan empobrecidos y hasta hambrientos. Cualquiera sea el tipo de violencia no es previsible ni manejable desde un enfoque exclusivamente racional ya que siempre intervienen las emociones profundas que ya mencionamos. Aunque suene aterrador es ***insensato educar en la no-violencia***, en primer lugar porque la violencia genética no se suprime con la educación, como es evidente después de más de 1.000 años de beligerancia entre pueblos europeos con similar educación religiosa y política. En segundo lugar porque educarnos en el pacifismo es aceptar la mejor propaganda con la que pueden prepararnos para la invasión económica o real los pueblos necesitados de expansión territorial o simplemente comercial.

Es cruel dejar al pueblo argentino flotando en un limbo de fantasías idealistas que le hace creer que la dura competencia internacional puede ser suprimida por un sistema educativo, sindical, industrial y político que lo ha perjudicado con una deuda externa catastrófica, una

desocupación del 25% y con una desesperanza que mueve a los ciudadanos a estar vendiendo territorio argentino a capitales extranjeros equivalente hoy a la superficie de la provincia de Buenos Aires. No se trata de culpas ya que en veinte años de democracia, con nuestra manera de pensar altruista, todos votamos una rotación electoral completa de todos los partidos políticos existentes. Ninguno tuvo el apoyo de ninguna de las organizaciones sindicales sean maestros, obreros, médicos, industriales, abogados, etc. para salir del populismo y promover actividades realmente productivas, aunque obligadamente deban ejercerse con la violencia de la competencia. Por el contrario, todos preferimos que se repartieran dádivas a los necesitados sin solución definitiva de los problemas. Como todos queríamos ser engañados y seguir con nuestras prebendas, ningún político se animó a obligar a la sociedad a enfrentarse a una realidad en la que la competencia y el sufrimiento del esfuerzo individual son ineludibles, sea para estudiar, para conseguir trabajo o para conquistar mercados. Nadie en el mundo fantasea vivir sin lucha. La violenta competencia puede ser atemperada por las buenas maneras, los arbitrajes o la hipocresía, pero existe siempre.

Las Fuerzas Armadas argentinas prácticamente crearon la independencia de nuestro país, lucharon fratricidamente hasta lograr el equilibrio de la Constitución que nos unió, dieron realidad a un territorio hasta entonces imaginario con las campañas al desierto y las navegaciones a las costas patagónicas, y ya en el siglo XX fueron las motoras de la industrialización pesada del país con las acerías, el petróleo, la química, las fábricas de armas y aviones y los astilleros. Como el tiempo nos condena a aprender de los errores y a no vivir de glorias pasadas, ahora ya conviene ayudar a aunar criterios democráticos para fijar los objetivos del siglo XXI sin prestar atención a idealismos que predicen los que no los cumplen. Es sorprendente comprobar cómo escuelas, universidades y partidos políticos argentinos tratan de hacer creer que se pueden borrar los criterios de competencia necesarios para sobrevivir, mientras somos penetrados por la violenta competencia tecnológica, comercial, industrial e ideológica del resto del mundo. No queremos aceptar que la lucha contra la pobreza, la desocupación y el hambre los países desarrollados la ganan sin las fantasías de permisividad y pasividad que nos predicen los ingenuos idealistas o los mismos corruptos que nos aprovechan.

Nuestra repugnancia a aprender de los animales ya es totalmente injustificable, no únicamente porque ellos no emplean para sobrevivir el vergonzoso terrorismo o la bomba atómica, sino que hasta logran organizaciones más equilibradas que los argentinos, que sólo han podido diferenciarse en dos especies que luchan permanentemente, ricos y pobres, una vez que desecharon las aún peores de color, religión o ideas políticas. Es sabido que si todos pelean por el mismo nicho de supervivencia habrá muchos eliminados. Hay unos protozoos pequeñitos llamados paramecium. Si a dos especies de ellos se las pone en un frasco empiezan a competir por el alimento hasta que una de las especies, siempre la misma, elimina a la otra; todos creían ser ricos al disponer sin esfuerzo del alimento disuelto en el agua. Si en lugar de cambiar el agua con nutrimento se lo agrega en la misma agua vieja se invierte el resultado. La especie que antes era vencida por débil, ahora mediante la guerra química, concentrando veneno en la misma agua, resulta vencedora. Lo que intrigaba a los biólogos <sup>(4)</sup> era que en la naturaleza conviven **todas** las especies de paramecium, así que eligieron otras dos distintas y comprobaron que, en lugar de pelear, una se fue a vivir al fondo del frasco en tanto la otra prefirió la parte superior. Ya no había guerra, cada especie vivía según su estilo. Se mantenían acciones hostiles sólo entre los pocos individuos que se empeñaban en vivir en la frontera de separación; eran una copia fiel de la actuación de los delincuentes y guerrilleros humanos.

(4)  
Por qué son escasas las fieras,  
Paul Colinvaux.

La aceptación de las limitaciones de cada individuo y la cooperación para la supervivencia de todos que conlleva no es exclusiva de los paramecium, la podemos ver funcionando en varias sociedades humanas, como escandinavos o finlandeses, o en cualquier ecosistema no perturbado. Pero aun entre ellos **nunca la lucha por la supervivencia queda excluida, adquiere la forma de la dura competencia para sobresalir que libran los más capaces y menos favorecidos por el azar.**

Para la sensibilidad voluntarista instalada en la Argentina estas palabras de Adam Smith son

un insulto a la “idea” de igualdad de oportunidades: “Las leyes y el gobierno, en todos los casos, pueden ser considerados como una asociación de los ricos (partidos ganadores) para oprimir al resto de la ciudadanía (los pobres) y **para preservar para sí mismos la desigualdad de los bienes** que, de otra forma, serían destruidos por el ataque de los pobres que, si el gobierno no se lo impide, reducirían a los demás a una igualdad con ellos mismos mediante la violencia explícita”. Los argentinos nos evitaríamos nuestra inútil lucha interna si aceptáramos que los partidos ganadores, los “ricos”, se forman siempre, como sucedió aun en los fracasados intentos comunistas en los que el poder y los privilegios los tenían sólo los integrantes del partido. También sucede en nuestra Argentina corporativa en la que cada grupo pretende defender sus intereses en perjuicio del de los otros siendo la corporación de los políticos los únicos establemente beneficiados. Pero las leyes de la biología son democráticas e ineludibles y cuando estos gobiernos se derrumban los ciudadanos, tanto en la URSS como en la Argentina, se encuentran con la pesadilla de que han desperdiciado setenta años y que deberán ponerse a la cola de las sociedades realmente democráticas. Ellas tratan de armonizarse con la naturaleza; no con ideologías, sino con la violencia del duro trabajo y la competencia que establecen las diferencias entre los seres humanos, algunos pueden estar mejor, nunca todos ni al mismo tiempo.

## Conclusiones

El hombre está totalmente sujeto a las leyes de la biología que son tan duraderas como las de la física. La principal de ellas es que el objetivo de la vida orgánica es la perduración de la especie y, queramos o no, los genes y la lucha por la supervivencia subordinan a los individuos a ese objetivo. En el siglo XX logramos rever los ancestrales tabúes referentes al sexo, motor de una de las competencias ineludible de los seres vivos, la demográfica, aunque aún no sepamos si para bien o para mal. La otra competencia, la violenta lucha por la supervivencia, en muchos países desarrollados ha adquirido caracteres casi agradables y los encontramos mucho más parecidos a las organizaciones de los paramecium que a la de los argentinos. Es difícil que logremos convivir en democracia si casi todos creemos en las fantasías que insisten en suponer un igualitario nicho deseable, y que se logrará por la magia política de repartir hoy a los necesitados lo que tienen los que acumularon más bienes, en lugar de intentar formar muchos nichos de supervivencia que progresen según la capacidad que con el tiempo demuestre cada uno.

La Argentina hace setenta años que viene perdiendo en la competencia mundial sin lograr decidirse por el modelo a adoptar ya que se confunden populismos políticos con el rechazo a la lucha por la supervivencia. En esa lucha el amor, la amistad y la cooperación, fijados en la evolución como cualidades genéticas, cumplen una función primordial en la consolidación tanto de la familia como de la tribu (Nación), pero debemos estar precavidos ya que pueden ser estrategias que cada grupo esgrime contra los otros. El error fundamental consiste en suponer que esas hermosas cualidades pueden eliminar la competencia y la lucha entre todos los grupos, cuando sólo sirven para cohesionar a los grupos que compiten entre sí, desde el fútbol hasta la guerra terrorista. Sabemos que en el fondo la competencia existe hasta entre hermanos, aunque sea limitada al 50% del riesgo de vida debido a la lógica de la supervivencia de genes iguales <sup>(5)</sup>.

<sup>(5)</sup>  
El gen egoísta, Richard Dawkins.

Entre los grupos políticos y las naciones, los siglos de enfrentamientos y guerras cada vez más letales nos demuestran que la paz sólo es fruto de la confrontación, desde la armada a la comercial, de la que surge la cooperación entre beneficiados o la sumisión de los más incapaces.

Entre los animales, aunque los humanos nos empeñemos en creerlos más crueles y sanguinarios que nosotros, es más frecuente la cooperación que la violencia ya que viven según las leyes biológicas de la competencia. Los paramecium y las naciones desarrolladas las aceptan, los argentinos nos seguimos hundiendo al aislarnos en corporaciones, confundidos por los grupos que declaman la ética, la justicia y la bondad pero usándolas en su propio provecho sin cargos de conciencia, mientras siguen haciendo soñar a las mayorías en conseguir beneficios sin esfuerzo. ■